

Si acaso da en la vela un soplo de aire,
 Que humillando la luz muestra el pábilo,
 Todo se turba y desvanece en aire,
 Que sin la llama el pabellon no luce,
 Antes cual débil sombra se trasluce.
 Parécense los árboles y el cielo,
 Y aun se apaga en la dama la belleza,
 Mas luego que la luz cobra su vuelo,
 Todo se vuelve á su primer riqueza:
 Cree viendo esto el moro sin recelo
 Que es desvanecimiento de cabeza,
 Que el mucho caminar; y el comer poco,
 Le trae el sentido divertido y loco.
 Y metido ya en veras con la dama
 Libremente le dice su deseo,
 Ella con vano escudo de su fama
 El gusto le entretiene por rodeo:
 «Ser verdad que adoreis esta que os ama,
 Yo en esto, dice, lo conozco, y veo
 Que pudiendo salir sin denasia
 Con vuestra voluntad pedis la mia.
 Mas yo de todo en todo seré vuestra
 Si me jurais lo que pediros quiero
 Por ese noble pecho y mano diestra,
 Y la fe que debeis á caballero:
 Que nuevas culpas ni ocasion siniestra
 De vos me apartarán, sin que primero
 Me deis satisfaccion de una doncella,
 Que usurpado me ha un gusto por mas bella.
 Hame tiranizado un caro amigo,
 Que era otro tiempo el alma de mi gusto,
 Y en fe que dió de se casar conmigo,
 De mí le di mas parte que era justo;
 Y aunque por vos, señor, en lo que digo
 Tratar cosas pasadas sea disgusto,
 Es fuerza que me deis esta palabra,
 Y así mi voluntad su puerta os abra.
 Que cuanto á desear esto me mueve
 Ya no es gusto de amor, sino venganza.
 El moro que en su rostro entre oro y nieve
 Ardiendo en fuego siente su esperanza,
 No solo una palabra y don tan leve
 Le otorga, jura y da; mas si en balanza
 De un mundo entero el contrapeso hiciera,
 Y el mundo fuera suyo, un mundo diera.
 Y ya con la licencia que le ha dado
 Quiso en mas libre trato entrar con ella,
 Hacer campo de amor el rico estrado,
 Y allí suya del todo la doncella:
 Cuando con el burlar desordenado,
 El sujetarla, y defendérsele ella,
 La vela se cayó, y sin lumbré alguna,
 Lo que encubria la luz mostró la luna.
 Sobre una cama de pajizo heno
 Abrazado se halló á una flaca vieja,
 El turbio rostro de berrugas lleno,
 De solo un ojo, y con ninguna ceja;
 La hundida boca, cavernoso seno,
 Con los podridos dientes mal pareja,
 Dando al vecino olfato grueso aliento
 De algun recién abierto monumento.
 Duro el cabello, entre aplomado y cano,
 Peor que el de Tesifone, y Megera,
 La encorvada nariz, que al gusto humano
 En flaco iguala, de color de cera:
 De nudosa raiz el cuerpo enano,
 Con mas años que el tiempo, y toda entera
 Tal que al valiente moro y su denuedo,
 Lo que el mundo no pudo, puso miedo.
 Así el hambriento pobre peregrino
 En seca paja de un rastrojo echado
 Rico se sueña al fin de su camino
 En cuadras de oro, y camas de brocado;
 Y en medio el gusto un viento repentino
 El sueño vuela, y hállase abrazado

A su esteril bordon, y hambre ayuna,
 Al frio rayo de la blanca luna.
 Con secos nervios, y con duros brazos,
 Así al moro ciñó, que no podía
 Del cuello huir los escabrosos lazos,
 Por mas que la apartaba y deshacia:
 Quiso de rabia hacérselos pedazos,
 A no ser en los suyos villanía,
 Y ella mas firme que la yedra al olmo
 Llegar su antojo quiere y gusto á colmo:
 «Quién ha visto en un águila enroscada
 Víbora azul, ó pardo cocodrilo
 A una palma enredarse levantada
 De las crecientes del vadoso Nilo?
 ¿O á Mercurio en su vara celebrada
 De dos serpientes el nudoso hilo?
 Tal parecian los dos, y en tal hechura,
 El en la rabia, y ella en la figura.
 «No es razon, dice, ni camino justo,
 Que poniéndome yo en vuestra tutela
 Por solo ser en fuerzas mas robusto
 Esta me hagais sin que mi honor os duela.»
 Pensó quizá el envejecido gusto
 Que aun todavia ardia la candela,
 Y así llevaba el frio melindre al cabo
 Con el amante ya rabioso y bravo.
 Mas viendo que de veras la desecha
 La sacude de sí, huye, y aparta,
 Que sin luz su invencion quedó deshecha,
 Medrosa que la deje, y que se parta;
 Las duras garras por el cuello le echa,
 Y de su aliento y tósigo le harta,
 Pidiendo á vueltas á la amada presa
 La fe debida á su primer promesa.
 «No soy tan fea, le dice, cual parezco,
 Que ya fui cuando moza celebrada,
 Y aun hoy pena por mí quien no apetezco,
 Y me trae con sus lágrimas cansada:
 Si estos enfados y desden merezco
 Por daros yo tan franca mi posada,
 No os envié yo á llamar, vos me buscastes,
 Y con falsas promesas me engañastes.
 Cumplidas, falso, pues, ó á todo el mundo
 Por cruel os mostraré, y por alevoso,
 Sin que de mí os huyais, aunque al profundo
 Rincon bajéis del centro cavernoso:
 El galan que por vos hice segundo
 Quiero me deis para que sea mi esposo,
 Y me vengueis de quien me le ha quitado,
 Y os honreis hasta entónces con mi lado.»
 Bastante prueba dió de su nobleza
 En esto el reportado sarracino,
 Pues templando á su enojo la bravura
 De hacer se abstuvo un nuevo desatino:
 Solo arrojando la infernal fiereza,
 Que asido le tenia; cesó canino
 Rostro, dijo, será quien te ha usurpado,
 Si ya alguno te amó, el haberte amado.
 «Dél será bien vengarte con hacelle
 Un Euclides de rayas y figuras,
 Sin que puedas ya mas entretienelle
 En vanas aparentes hermosuras.»
 Así dijo, y porque iba á detenelle
 Con nuevos embelecos y posturas,
 De sí la desvió con tanto brio,
 Que yéndole abrazar abrazó al rio.
 Cual encogida y debil hojarasca,
 Que de árbol seco arranca el raudó viento,
 Y volando la lleva su borrasca
 Trocando puntas, y mudando asiento,
 Tal la hechicera fue con mortal basca
 De uno y otro traspie rodando á tiento
 Hasta dar en el agua, en que se hundiera,
 Si ya de carne, y no de pluma fuera.
 Fuese el moro feroz desesperado

Viendo el deleite vuelto en amargura,
 Y del caballo mal afortunado,
 Aunque de noche clara la ventura:
 Mas no mucho se fue, cuando á su lado
 De Arleta vió la horrida figura,
 Que para mas enfado del que tiene
 A pedirle la fe y palabra viene.
 Pensó rendirle el alma de coraje
 Volviendo el moro altivo el rostro á vella,
 Y sin que ya el hidalgo honor le ataje,
 Con la espada alta arremetió tras ella:
 Huyó la vieja haciéndole un visaje
 Que le asombró miralla, y por cogella
 En unos mimbres tropezó sin tino,
 Y el feroz rostro le abrazó un espino.
 No hay sierpe á quien la azada del villano
 Haya en dos medias partes dividido,
 Que así fiera vomite por el llano
 El humo del veneno recocado,
 Como el aragonés moro inhumano,
 Viéndose en tantos modos perseguido
 De aquella que matalla es caso indino,
 Y sufrir sus locuras desatino.
 Y así por apartarla de sus ojos
 A correr comenzó por la espesura,
 Y ella para seguille, y dalle enojos,
 Con las alas del viento se apresura,
 «Traidor, hasta que cumplas mis antojos,
 Le dice, y la palabra y fe perjura
 Que me dieste, en desierto y en poblado,
 Ó viva ó muerta, me traerás al lado.»
 Así corriendo por la selva espesa
 Dos largas millas fueron sin cansarse,
 Que ni él dejó el huir á toda prisa,
 Ni ella el decir injurias, y acercarse;
 Hasta que un hondo rio que atraviesa
 El paso les tomó, y forzó á pararse,
 Y el moro revolviendo de repente
 Viva cogió la vieja impertinente.
 Y á un árbol de los muchos de su orilla
 Harto ya de sufrir la dejó atada,
 Y en huida veloz para no oilla
 Apresuró hasta el dia su jornada:
 Salia ya el alba en su argentada silla,
 De rosas y azucenas coronada,
 Cuando el moro salió del bosque al llano,
 El ancho rio á la derecha mano.
 Y á la otra parte en un ancon que hacia
 La corva ala de un cerro puesto en frente,
 Entre arenas y aljófares bullia
 El cristal puño de una limpia fuente:
 Junto á ella puesto un pabellon se via,
 Y en torno dél durmiendo armada gente,
 Dos apretadas barcas en el rio,
 Y una espia en un álamo sombrío.
 Llegó el furioso moro á preguntalle,
 Qué atalaya de allí, ó á quién espera,
 Cuya es la tienda y gente de aquel valle,
 Y si querrán pasarle á su ribera:
 Agradóle del moro el garbo y talle,
 Y este el primero fue, y la vez primera,
 Que de un hidalgo se pagó un villano,
 Y un navarro alavés de un castellano.
 Y así le respondió: «en la hermosa tienda
 Tiene el rey de Pamplona alojamiento,
 Mas luego arrepentido de que entienda
 Que le quiso dar gusto, mudó intento:
 Y haciendo al yerro sin sazón emienda,
 El réceloso Ferraguto atento
 Al encubrir y descubrir razones,
 Barcas, espia, tienda, y prevenciones,
 Bien entendió que el caso era de cuenta
 Pues el rey Biarabi por su persona,
 A riesgo suyo y de su honor le intenta
 Tan lejos de los muros de Pamplona:

Tiene con él enemistad sangrienta
 Por feudatario á la imperial corona,
 Y que es traicion recela, porque sabe
 Que en un navarro moro todo cabe.
 Por esto quiere el caso por entero,
 Y á la espia le ruega que se abaje
 A llevar de un extraño caballero
 Si es posible á su rey cierto mensaje:
 Tanto decirle al fin supo el guerrero
 De ruegos y promesas, que el viaje
 Aceptó, y arrojándose en el prado,
 El moro le prendió, y quedó burlado.
 Y haciéndole que calle, aunque no quiera,
 Con él se retiró en una espesura,
 Donde del caso la verdad entera
 Le pide, ó que hábra allí su sepultura:
 Así lobo feroz tierna cordera
 Que por su boca asíó á su cueva oscura
 Lleva, sin que ya pueda libre y horra
 A su pastor pedir que la socorra.
 «Señor, por el profeta en quien adoro,
 Temblando respondió, y por este paso
 En que me ha puesto la codicia de oro,
 Que no sé el fundamento y luz del caso;
 Que de un plebeyo, y no castizo moro,
 Nunca para altas cosas se hizo caso,
 Solo podré contarte lo que he oido,
 Ora sea cuento cierto, ora fingido.
 El sagaz Biarabi, rey de Pamplona,
 Debajo de traer cierta embajada
 De parte del rey Carlos en persona,
 Gente metió en Toledo disfrazada:
 A Rangorio, caudillo de Girona,
 Del gigante Arganzon la firme espada,
 Y á Zaldiran, señor de la montaña,
 De un ojo solo, y de estatura estraña.
 Este de cepa y de linaje oscuro,
 Aunque él se hace de su rey pariente,
 Es el que á cargo tiene dar seguro
 Del rio este ancho vado con su gente;
 Y de un herrado carro el firme muro
 En que salvar la presa diligente,
 Que se entiende será una bella mora,
 Hija del que en Toledo reina ahora.
 Son varios los incrédulos rumores
 Que deste robo cuentan en secreto,
 Unos dicen que el César por amores
 Así al rey lo mandó, que es su sugeto;
 Y un caballo también de los mejores
 Del mundo le envió para el efeto,
 De cuya ligereza se valiese,
 Y el hecho sin temor acometiese.
 Y que Rangorio á la jornada vino
 Para mayor seguridad del caso,
 Mas ni eso lleva al parecer camino,
 Ni es de creer que en semejante paso
 Un monarca tan sabio, un rey tan dino
 De serlo del oriente hasta el ocaso,
 Cuando dél tiembla el mundo, por livianas
 Causas de amor se burlen de sus canas.
 Otros Rangorio padre de Oliveros
 Fingen el nuevo autor deste cuidado,
 Mas yo en secreto oí á dos caballeros
 Hacer á Biarabi solo el culpado:
 Que acometido de enemigos fieros
 Su reyno, y de leoneses rodeado,
 Olvidada su edad anda perdido,
 En amorosas burlas divertido,
 Al fin sease cual fuere el fundamento,
 El caso cierto es ya que Galiana,
 La dama de mayor merecimiento
 Que hoy se conoce mora ni cristiana,
 Sino hay algun notable impedimento
 Aquí presa estará de hoy á mañana:
 Esto es cuanto del caso decir puedo;



Y lo que aquí esperamos de Toledo.
 Así el moro decía, compelido
 De los miedos del hijo de Lanfusa,
 Cuando en el bosque oyeron el ruido
 De una algazara y trápala confusa:
 Saltó el aragonés apercebido,
 La espía se le huyó, y por la difusa
 Campaña mil tragedias con espanto
 Materia dieron de venganza y llanto.
 Mostróse claro el alevoso intento
 Del robo ilustre que hacer procura
 El rey de la ciudad, á quien dió asiento
 El que perdió en Farsalia la ventura:
 Y Ferragut celoso hasta del viento
 Que en el rio suena, y brama en la espesura,
 No aguardó á saber mas, dejó la espía,
 Y á buscar acudió el rumor que oía.
 Vió venir tras un hombre desarmado
 Con limpias armas dos por darle muerte,
 Y sin poderle socorrer clavado
 Al suelo le dejó un venablo fuerte:
 Volvieron con paso apresurado,
 Y el moro leal que la traicion advierte,

Con alma y pecho audaz y piés ligeros,
 Siguiendo fue los falsos caballeros,
 Y no lejos de allí, al entrar de un valle,
 Otro vió alancear como el primero,
 Sin que á ninguno socorrer ni dalle
 Favor pudiese su ánimo ni acero,
 Cuando por una estrecha y verde calle
 De la selva salir vió un caballero
 Con aljaba de monte de brocado,
 Y un cruel trozo de lanza atravesado.
 Fue cayendo á los piés de Ferraguto
 Desangrado y mortal, creyendo fuese
 Del enemigo bando ánimo bruto,
 Que lo que otro empezó acabar quisiese:
 Y ya pagando el general tributo,
 Como antes de morir reconociese
 Que el moro era neutral, y no enemigo,
 Así le dijo en tono y voz de amigo:
 «Oh invencible valor, cualquier que seas
 Que en ademan gallardo y real persona
 De mí muestras dolerte, y que desees
 Vengar mi muerte, acórreme, y perdona
 El no poder guiarte donde veas

De Toledo agraviada la corona
 Del rey mas falso, y gente mas traidora,
 Que en Meca cree, y su Alcorán adora!
 Danos favor, gran Cid, si á tu presencia
 El valor de esa espada corresponde,
 Y al mundo le ha quedado resistencia
 Con que hacerla, y términos por donde;
 Socorre la beldad y la excelencia
 Mayor que en toda su grandeza esconde,
 A una ofendida infanta, y á un honrado
 Rey, de otro infame rey sin fe agraviado.
 Con ademan de una fingida caza,
 Y alancear una feroz leona,
 A este soto sacó la industria y traza
 Del falso Biarabí, rey de Pamplona,
 La bella Galiana, y á una plaza
 Encubierta guiando su persona,
 Nos trajo á la mitad desta floresta,
 Donde tenia una emboscada puesta.
 Allí con cruel ánimo y denuedo
 Un tejido escuadron de gente muda
 Salió á robar la infanta de Toledo,
 Y á dar al rey en su traicion ayuda:
 Hizo su oficio el repentino miedo
 Sobre la que halló de armas desnuda,
 Unos huyeron, y los mas honrados
 Han muerto, cual yo ahora, alanceados.»
 Así ya con la muerte y sus congojas
 El toledano á Ferragut decía,
 Cuando por la espesura de las hojas
 Uno huyendo de otros tres salia,
 De azules sobrevistas, y armas rojas,
 De sierpes llenas de oro y plumeria,
 Y el que huia una marlota gualda,
 En un hombro herido, y una espalda.
 Salió á hacer reparo el moro altivo
 Contra los tres cebados en matalle,
 Y al mas ligero de un revés esquivo
 De medio arriba lo dejó sin talle:
 Al otro medio muerto y medio vivo
 Por su entero sepulcro le dió el valle,
 Y al tercero con él tal escarmiento,
 Que siendo plomo se volvió de viento.
 Saltó el aragonés sobre un caballo
 Siguiendo al que huye de su aguda espada,
 No tanto por herillo ni alcanzallo,
 Cuanto por ir á dar en la emboscada:
 Al fin supo el temor tambien guiallo,
 Que en una plaza de árboles cercada,
 En desigual batalla vió metidos
 Catorce armados contra diez heridos;
 Y en donde preso un sol con diez estrellas,
 Eclipsada la luz de su hermosura,
 Hecha un vistoso cielo dél y dellas
 De aquel sangriento prado la frescura:
 La bella Galiana y sus doncellas
 Llorando su presente desventura,
 A cuenta y guarda de un feroz gigante
 Temblando están de su brutal semblante.
 Así en turbios y rígidos celajes,
 Entre los cuernos del templado toro,
 Humedeciendo al aire sus plumajes
 De las pleyadas el medroso coro,
 Llorosos hace y lóbregos visajes
 De tierno aljofar y arreboles de oro,
 Viendo de orion armado el brazo fiero,
 Y de su alfanje el relumbrante acero.
 Puso el gallardo hijo de Lanfusa
 Los ojos en la bella Galiana,
 Que aunque litorosa, y en su mal confusa,
 Su hermosura descubre soberana:
 Aquella hermosura y luz que infusa
 Del libre sueño vió en la sombra vana,
 Cuando el amor con ella le hizo presa,
 Y en su alma la dejó y su gusto impresa.

Halló despierto á quien mostró dormido
 El dia pasado el agua de una fuente,
 Y ser deste alboroto aquel ruido
 Que hacia soñando una espantosa gente:
 Cuando en rabiosa cólera encendido,
 Y en nuevos gustos del placer presente,
 Tan fiero, que mirallo atemoriza,
 Haciendo entró por los contrarios riza.
 Sobre el gran yelmo de templado acero
 Una enroscada y bella sierpe de oro,
 Por alas los penachos del plumero,
 Y por veneno y silbos los del moro,
 Encontró á Grabelindos el primero,
 Una de las tres llaves del tesoro
 Del reino de Pamplona, y de sus rentas
 Le remató en su alcance el delas cuentas.
 Alfajardo, y Zegrides, dos hermanos,
 El uno amante nuevo, el otro esposo,
 De dos moras de rostros soberanos,
 Que ausentes lloran su tardar penoso;
 Al uno la cabeza y las dos manos
 Que levantaba á hacer un golpe honroso,
 Y al otro de una punta atravesado,
 Por comun sepultura les dió el prado.
 Creció del ciego ruido el alboroto
 Con el nuevo socorro del pagano,
 Volviendo los que andaban por el soto
 Dando la caza al pueblo toledano:
 Y al fiero Arlange, que el alfanje boto
 De herir, y en sangre envuelto el brazo y mano,
 Tornaba de mil muertes victorioso,
 Un altibajo le alcanzó espantoso.
 Y dándole primero á Gorgio muerte,
 Un músico del rey, que á dar venia
 Solaz, y no á reñir, porque á su suerte
 Las pretensiones no regló aquel dia;
 Contra Arlange un revés volvió tan fuerte,
 Que todas las victorias que traia
 Por el suelo le echó, y en larga pieza
 Del cuello la fantástica cabeza.
 Y dando á las espaldas el escudo,
 Con la espada á dos manos fue haciendo
 Mortal estrago, y por el pueblo rudo
 Crecer el alboroto y el estruendo:
 El feroz Biarabí, que ya no pudo
 Mas el rigor sufrir del brazo horrendo,
 Ni los furiosos golpes que en su gente
 Da y ejecuta la feroz serpiente:
 Con una lanza como gruesa entena
 Contra él por medio del furor se lanza,
 Y en el soberbio pecho que resuena
 En negro aliento soplos de venganza,
 El encuentro acertó, y de estruendo llena
 La selva y de los trozos de su lanza,
 Bramando vuelven por los robles secos
 Del sordo monte los quebrados ecos.
 Perdió el gallardo moro los estribos,
 Abrazándose al cuello del caballo,
 Al tiempo que diez golpes vengativos
 De ira llenos bajaban á buscallo:
 Fue despertar en su furor mas vivos
 Los brios de vengarse, y provocallo
 A un increíble y espantoso estrago,
 Y á dar al rey de su traicion el pago.
 Así en los duros yunques de Vulcano,
 En las cavernas del Tinácrio monte,
 Si el rayo se desliza de la mano
 Al negro Esterpe, ó al horrible Bronte,
 Rompe en fiera estampida por el vano
 Contorno de su lóbrego horizonte,
 Llevando el ronco estruendo en un instante
 Fraguas, obras, y obreros por delante.
 Con semejante furia, y con violencia
 Igual volviendo en sí el feroz guerrero,
 A Lurco mata, alcaide de Plasencia,

A Gripol, á Alberindos, y á Bambiero :
Y sin hacer caudal ni diferencia
Del humilde villano al caballero,
A Cepola, escudero de Algaberte,
Y á su amo, de dos golpes dió una muerte.

Y vuelto al rey, que con feroz denuedo
Alta la espada por le herir volvia,
A recibille el golpe estuvo quedo,
Y de la muerte se escapó Argalia,
Que ya la iba tragando con el miedo
Del jayan bravo que sobre él venia,
Dió el golpe encima de la sierpe de oro,
Haciendo que lo sea en rabia el moro.

Y en respuesta le dió tras de una punta,
Que le encarnó aunque poco en el costado,
Un ligero mandoble, en que fue junta
La colérica rabia al justo enfado :
Llevóle medio escudo, y con difunta
Color el rey cayó desacordado,
En la cabeza, el hombro, y pecho herido,
O muerto al verde prado, ó sin sentido.

Y revolviendo la furiosa espada
Al vulgo que á vengarle se apercibe,
A este de intento, al otro de pasada,
En todo su rigor y enojo escribe:
Con que de la otra gente amedrentada
La esperanza y el ánimo recibe,
Y con tan buen caudillo en su presencia,
Mas que antes hacen firme resistencia.

El valiente Arganzon, que en guarda puesto
De las doncellas y la infanta estaba,
Viendo caído al rey, huyendo el resto
De solo un brazo, y su arrogancia brava;
Bramando al cielo sale de su puesto,
En la ancha mano su acerada clava,
Con que una horrible pasta á un golpe fiero
Las armas piensa hacer y el caballero.

Era Arganzon del reino de Pamplona
Alferez real, de corazon valiente,
Nacido segun unos en la Sona,
Y segun otros en la Nubia ardiente,
De corpulenta y bárbara persona,
Armado de unas conchas de serpiente,
De muchas fuerzas, y ninguna maña,
A quien su rey pasó de Argel á España.

Fundó en Navarra sobre una alta breña
Un castillo gentil, que el gran Teobaldo
A Guevara ganó, y mudó su seña,
Las bandas y panelas de Grimaldo :
Dando á su ilustre casa un pequeña
Magstad desta peña el fiel respaldo,
Ganada á fuerzas del soberbio Argante,
Pariente y sucesor deste gigante.

Este pues viendo el espantoso estrago
Que el aragonés furia hace en su gente,
Al rey caído en un sangriento lago,
Y á sus golpes medroso el mas valiente;
Dando órden que Bramul con tierno halago
La infanta lleve en órden suficiente
A las barcas, y allí en el albedrío
De Zaldírán la entregue, y pase el río;

Con pecho osado, y ánimo brioso,
Alta la espada, y su furor mas alto,
A dar fue en Ferraguto un peligroso
Golpe ayudado de un ligero salto :
Erróle con la cólera, y furioso,
De rabias lleno, y sufrimiento falto,
La bisarma arrojó, sacó la espada
En mora sangre sin lealtad manchada.

Mas antes que eecute el golpe fiero,
Uno tal le prestó el sagaz pagano,
Que el medio escudo, aunque de fino acero,
Le llevó al suelo, y parte de la mano :
Dió un bramido el jayan, y el caballero
Otro segundo le asentó de llano

Encima el duro yelmo, que sin tino
Al verde suelo del caballo vino.

Creyó que habia acabado la jornada
De aquel golpe espantoso la violencia;
Y así esgrimiendo la lustrosa espada
Sin hallar en reparos resistencia,
De tajo, de revés, y de estocada,
Hierre, destroza, mata, y diferencia
Con horribles señales y heridas,
Cuerpos, armas, personas, muerte, y vidas.

De las medrosas sobras que han quedado
Al destrozado campo de Pamplona,
Ya sin caudillo en son desordenado
Huye á salvar cada uno su persona:
Y el vencedor gallardo que el cuidado
Mayor quel suyo alienta, y aficiona
El de la bella infanta, ya trataba
De seguir á Bramul que la llevaba.

Cuando Arganzon volviendo en su sentido
Furioso contra el cielo se levanta,
Que en verse de mortal valor rendido
Los muertos pisa, y á quien vive espanta;
Y el corvo alfange en alto suspendido
Un golpe al moro dió con fuerza tanta
Sobre el dorado yelmo á todo vuelo,
Que dió con él de espaldas en el suelo.

Bajóse por cortarle la cabeza,
Cuando el brioso aragonés gallardo,
Con nuevo aliento, y nueva fortaleza,
Mas ligero saltó que un presto pardo,
Huyendo con manosa ligereza
El golpe altivo del jayan bastardo,
Aunque en el hombro le alcanzó sinistro
El filo agudo del alfange diestro.

Cortóle de la malla el fino lazo,
Y gracias al encanto de Lanfusa,
Que tambien le llevara entero el brazo,
Sino hallara en su virtud escusa :
Mas él que solo siente el embarazo
De no seguir la infanta, no rehusa
Sus golpes, ni hace dél ni dellos cuenta,
Que en uno piensa de cobrar cincuenta.

Y así despues que de uno y otro lado
Del acerado arnés la fina malla
El soberbio jayan cortó alterado
En descompuesta y bárbara batalla,
Ferragut le acertó un descaminado
Golpe del yelmo en la dorada talla,
Tal que él, y la cabeza, y pecho abierto,
Espantable cayó en el suelo muerto;

Con ruido igual al que en los valles hace
De las sierras de Cuenca y de Segura
El pino altivo que en sus hombros nace,
Y en los suyos la mar vuelve segura;
Que si el yerro le tronca, y le deshace,
Suena al caer, y tiembla la espesura,
Las hojas en los árboles vecinos,
Y el pez en sus remansos cristalinos.

No quedó al golpe horrible altiva espada
De cuantas antes contra sí tenia
Que no huyese, viendo destroncada
La mayor fuerza con que el rey venia :
La gente antes vencida y desarmada
Contra Bramul, que á se escapar huia
Con la infanta, sin armas y sin tino
Peleando le estorbaba su camino.

Hasta que libre ya de la refriega
En que quedaba el moro diligente,
Lloviendo sangre de su espada llega
A dar socorro y ánimo á la gente:
No fue de dura esta segunda brega,
Que un desmayo entibió el furor ardiente
De los navarros moros, viendo cierto
Ser Arganzon vencido, y su rey muerto.

Huyeron por el bosque divertidos

A los ocultos valles de la sierra,
Quedándose entrampados y perdidos
Los mas por la ignorancia de la tierra :
El bravo aragonés que vió rendidos
Los principales nervios de la guerra,
Envainando su espada, y su braveza,
Así la empresa de su gusto empieza.

Llegándose á la infanta, que admirada
Está de las bravezas de su mano,
De sus medrosas damas rodeada,
En tono humilde, y modo cortesano !
« ¡ Oh beldad, dijo, en quien se ve cifrada
La entera gloria del tesoro humano,
Que en las centellas desos ojos vuela,
Y ardiendo el alma sus antojos yela !

Si este humilde servicio entrar en cuenta
Puede con el que el mundo os pecha y paga,
Y en noble gusto un tal deseo se cuenta
De cualquier deuda por bastante paga;
Sin hacer de otro bien caudal ni cuenta
Así mi presuncion deste se paga,
Que en fe se atreve de tan buena suerte
A ofrecerse por vuestro hasta la muerte.

Soy, si la fama deste brazo y mano
Volar tan alto con mi nombre pudo,
El hijo de Lanfusa y de Uliano,
De Huesca rey, y de Aragon escudo :
Del gran Soldan de Babilonia hermano,
Y soy el que sin armas, y desnudo,
Maté á Argalia en Francia peleando,
Y las suyas quité al valiente Orlando.

Y así la fama de esa luz preciosa,
Que ya clara en mis ojos reverbera,
Fue en mi libre cuidado poderosa,
Y á sus rayos mi alma tan de cera,
Que por virtud y fuerza milagrosa
Viva se imprimió en ella de manera
Que sin mas esperiencias mi memoria
Hecha quedó un retrato de su gloria.

Y la ventura que al principio quiso
Darme de tal tesoro alegre nueva,
Siendo mi guía, hizo de improviso
Que por mas bien este favor le deba,
Trayéndome á tan nuevo paraíso
Por dulce alivio, y por bastante prueba,
Que si es grande la voz de esa belleza,
Es la fama menor que su grandeza.

Luego que amaneció en mi pensamiento
La justa estimacion desta noticia,
Sin hacer caso de otro humilde intento
De ser vuestro me dió noble codicia:
Cobrando mi rendido pecho aliento
Para con él vengar vuestra injusticia,
Y gozar juntamente el bien que aspira
Ese divino rostro en quien le mira.

Y así se debe todo á la grandeza
Que el cielo puso en vos, y á mí la gloria
De saber adorar tanta belleza,
Y gozar sin pensar desta victoria :
Todo junto pretende en vuestra alteza
Deste servicio y voluntad memoria,
Con que en mí crezca el ánimo en serviros,
Y en tanto bien amor temple sus tiros.»

Dijo, y la alegre gente cortesana,
Que á la espada sobró del enemigo,
En torno de la bella toledana
Cobraba aliento ya, y seguro abrigo :
Y ella con la victoria mas lozana,
En rostro afable, y en semblante amigo,
Al gran libertador que atento via
La dulce boca á responder abria.

Cuando vieron salir de la espesura
Un brioso y desenvuelto caballero,
Sobre un caballo de gallarda hechura
Todo cubierto de oro, y él de acero,

Con una dama tal, que su figura
Admiró los presentes... mas primero
Que mi pluma á este cuento se entremeta
Volverla quiero á la olvidada Arleta,

Que no es razon que porque el tiempo haga
Su oficio en ella, como en todos suele,
Ya que uno al irse con rigor le paga,
No venga otro tras él, y la consuele :
Que si con su volar todo se estraga,
Tambien es justo que en sus penas vuele,
Y se acabe el dolor como el contento,
Y nada tenga en su inconstancia asiento.

Del encantado moro el justo enfado
Atada habia dejado á la hechicera
Al duro tronco de un ciprés copado
Del fugitivo Tajo en la ribera,
Donde cuando apuntaba el sol dorado
Tras la estrella del alba placentera,
Una villana vió medio desnuda
Con lágrimas pidiendo al cielo ayuda.

Dióle voces la maga, y la doncella
Con ellas de repente alborotada,
Medrosa á los principios quedó en vella,
De su fealdad y gestos asombrada,
Hasta que al fin compadecida della
Llegó á darle favor, y desatada
Ella en pago le pide como amiga
Para ayudarla el fin de su fatiga.

« Señora, dijo, aunque contarla quiera,
Ni sé decir ni entiendo el cómo ha sido,
Ayer desde mi aldea á esta ribera
A cazar vine con mi padre un nido;
Y no sé adónde, ni por qué manera,
Me puso en un caballo, y él subido
En la silla tambien, donde quería
Furioso nos llevaba y nos traia.

Metiónos por la lóbrega espesura
Deste bosque sin luz, y andando á tienta
De un riesgo en otro, sin hallar segura
Senda ni guía á nuestro ciego intento,
La noche fuimos toda á la ventura,
O sin ella, hasta ya que al pardo viento
El lucero aclaró, y con su tesoro
De blanca plata hizo el carro de oro.

Entonces en el soto de improviso
Una fiera saltó, y alborotado
El brioso animal hurtarle quiso
La vuelta dándola él desordenado :
Dió conmigo en el tronco de un aliso,
Y en su huir á mi padre desdichado
Colgado le llevó de un corvo estribo,
Haciéndole quiza pedazos vivo.

Yo por estos ribazos, y estas peñas,
Con el ansia de darle algun socorro,
Cual me ves destrozada de sus breñas,
Sin saber dónde á socorrelle corro.»
Dijo, y entre unas vástagas pequeñas
De álamos, que hacen en el prado un corro,
Los bufidos oyeron del caballo,
Acudiendo las dos por atajallo.

Halláronle entrampado en los grimazos
Que un ciego bosque de álamos hacia,
Hecho el villano entre sus piés pedazos,
De un estribo colgado todavía :
Dió la doncella en él tristes abrazos
De sobresalto llena, y de agonía :
Arleta asió del freno por la rienda,
Tomando el paso de una estrecha senda.

Conoció en el caballo, y el suceso,
Ser el que iba buscando Ferraguto,
Aquel moro feroz que en su alma impreso
El brio dejó de un pensamiento bruto :
Y sin dar mas consuelo en el avieso
Caso de la doncella, ni en su luto,
Sola se la dejó, y se fue contenta,



Miranda

RICO.

Que del ajeno mal ¿quién hace cuenta?
Va con ella doméstico el caballo,
Y ella agrada de su vista y talle
A Brabonel pretende presentallo,
Y con esta ocasion nueva obligalle:
Y si él cual debe no le estima, dallo
En premio á quien prometa de vengalle
Del afrentoso agravio que le hizo
Aquella noche el moro advenedizo.

ALEGORIA.

En las tragedias de Bahamel y su esposa, hechas tan á ciegas, y con tanta desgracia, se muestra lo mucho que en los sucesos humanos pueden las estrellas bien ó mal afortunadas, que aunque no llegan á forzar la libertad del albedrio, no hay duda que en las cosas

inferiores es gran fuerza la del hado, que segun la opinion de algunos, referida por Santo Tomas, es la disposicion del signo en que cada uno es concebido, al cual aunque le es superior el libre albedrio, en muchas cosas se deja vencer de su violencia, y principalmente en aquellos casos que el saber y prudencia humana no alcanza á prevenir, y eso quieren decir las desgracias del caballo Clarion, que la fuerza de las estrellas predomina en los brutos, y en la parte sensitiva, y no en el albedrio humano y voluntad racional. En Ferraguto abrazado con Arleta, se muestra cuanto cierto es en el hombre caer de las manos del deleite en las del arrepentimiento: la vela de Arleta significa los aparentes antojos de un deseo amoroso, y cuan otras de lo que son pinta y barniza las cosas. Ferragut peleando con las gentes de Biarabi en favor de Galiana, es figura de la irascible contra los estorbos que se le ofrecen al paso del conseguir el fin que el hombre pretende: y en Biarabi destruido y frustrado de su intento, como un traidor pocas veces se escapa de morir á manos de su traicion.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO. Describese quien fue Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio porque le veogue de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llego el campo de España á Sarsueña. haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Carlidoro á reconocerlos, ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon compañeros suyos hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Carlidoro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo.

Fue Arleta (es bien, señor, que sepais esto
Para mas luz de su famosa historia)
Una maga falaz, cuyo compuesto
Rostro aun conserva Tajo en su memoria,
Y en una carcomida gruta puesta



Su primera beldad hace notoria,
Y del furor de su ánimo insolente
Esto por tradicion cuenta la gente.
En su florida edad de agrado y gusto,
Aunque altiva en su trato, y deshonesto,
Con que en celosas rabias y disgusto

Siempre á Toledo trajo en bandos puesta:
Amiga de Yucef, moro robusto,
Que á toda España gobernó, y con esta
Mano en su pretension no hubo interese
Que no intentase, y con que no saliese.
Mas el tiempo que todo lo consume
Dió y tomó como en otras en sus cosas,
Dióle males que cuente, años que sume,
En ferias de las perlas y las rosas;
Quedándose tan vana, que presume
Que aun pueden ser al gusto apetitosas
Las fruncidas arrugas, y las sañas
De los húmedos ojos sin pestañas.
Tirando de la edad cuanto mas pudo,
La ponzoña del tiempo y del afeite
El turbio rostro le dejó sañado,
De unciones lleno, destilando aceite:
Y el débil cuerpo de raíces nudo
Con las vivas memorias del deleite:
Mártir de nuevas aguas y legias,
Que en reumas trueca el curso de los dias.
Perdió con ellas los manchados dientes,
De un ojo el sol, y la una y otra ceja,
Que estos son los toisones escelentes
Que el torpe vicio á quien le sigue deja:
Al fin hecha de humor horribles fuentes,
Por todas partes consumida y vieja
Dió en procurar con infernales medios
A su antigua pasion nuevos remedios.
Tenia en el Tajo entre una oscura breña
Una encubierta gruta en que vivia,
Y una fuente llamada de la Dueña,
Que de ara á sus conjuros le servia:
Quizá fue á donde ahora es Fontidueña,
Y su nombre heredó desta harpia,
Que hay fama que en su pueblo aun persevera
Nobleza desta antigua hechicera.
Tenia la fuente siempre emponzoñada,
Y enturbiando sus aguas el sentido,
Dejaban la memoria embelesada,
Y el gusto al suyo sin querer rendido:
Con que en torpe deleite ocasionada
Deseo no tuvo sin le ver cumplido,
Sino el de Ferragut, cuya locura
Las luces apagó de su hermosura.
Esta pues con las riendas del lozano
Caballo Clarion va su camino,
Trazando en sí de darlo de su mano
Al que ya hizo de sus gustos dino:
Al feroz Brabonel zaragozano,
O á quien le busque y mate al sarracino,
Pretensor bravo del gallardo potro,
Que al uno adora, y aborrece al otro.
Gozó de Brabonel algunos dias
En vario engaño y ciegos embelecicos,
Hasta que al fin por encubiertas vias
De su cueva huyó á los montes secos;
Sin valer ya con él magas porfias,
Ni de su halago los fingidos ecos,
Y presa de su amor entonces iba
Con la memoria y la aficion mas viva.
Cuando al bajar de una pequeña loma
Vió un caballero de unas armas goles,
Que bañada la espada en sangre asoma
Cual sol de abril en rojos arreboles,
Y que el camino hácia la selva toma
Tras dos gallardos moros españoles,
Que el caballo le han muerto por dejalle
Sin que seguirlos pueda á pié en el valle.
Alcanzó al uno de un revés ligero,
Que lo fue mucho mas que su caballo,
Yendo al suelo caballo y caballero,
Sin que trate el que huye de ayudallo:
Y acertando el segundo golpe fiero
Le abrió del hombro al pecho, y pudo dallo